

Vitalino Valcárcel Martínez (Ed.)

**Las biografías  
griega y latina  
como género literario**

*De la Antigüedad al Renacimiento. Algunas calas*

erron ta zabal zazu



Universidad  
del País Vasco

Euskal Herriko  
Unibertsitatea

Vitoria 2009 Gasieraz

## ANEJOS DE VELEIA

SERIES MAIOR (27 × 20 cm.)

1. *Symbolae Ludouico Mitxelena septuagenario oblatae*, ed. JOSÉ L. MELENA, 1985. 2 vols. [edición en tela y en cartón].
2. M.<sup>a</sup> CRUZ GONZÁLEZ, *Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de Hispania*, 1986.
3. PILAR CIPRÉS, *Terra sigillata hispánica de Arcaya (Alava). Estudio de las formas lisas y decoradas*, 1987.
4. JOSÉ M.<sup>a</sup> EGEA, *Gramática de la Crónica de Morea*, 1988.
5. M.<sup>a</sup> DOLORES DOPICO, *La Tabula lougeiorum. Estudios sobre la implantación romana en Hispania*, 1988.
6. A. SÁENZ DE BURUAGA, *El paleolítico superior de la cueva de Gatzarria (Zuberoa, País Vasco)*, 1991.
7. VITALINO VALCÁRCCEL, *Sancti Braulionis, Episcopi Caesaraugustani, epistularum concordantia et index formarum a tergo ordinatarum*, 1991.
8. HELENA GIMENO y ARMIN U. STYLOW, *Juan Pérez Holguín y la epigrafía trujillana*, 1994.
9. ALFONSO ALDAY RUIZ, *El entramado campaniforme en el País Vasco: los datos y el desarrollo del proceso histórico*, 1996.
10. IGNACIO BARANDIARÁN y ANA CAVA, *Cazadores-recolectores en el Pirineo Navarro. El sitio de Aizpea entre 8000 y 6000 años antes de ahora*, 2001.
11. JOAQUÍN GORROCHATÉGUI y PATRIZIA DE BERNARDO STEMPEL (eds.), *Die Kelten und ihre Religion im Spiegel der epigraphischen Quellen - Los Celtas y su Religión a través de la epigrafía*, 2004.
12. KOLDO LARRAÑAGA, *El hecho colonial romano en el área circumpirenaica occidental*, 2007.

SERIES MINOR (24 × 17 cm.)

1. MILAGROS QUIJADA, *La composición de la tragedia tardía de Eurípides. Ifigenia entre los Tauros, Helena y Orestes*, 1991.
2. P. BADENAS, J. M.<sup>a</sup> EGEA y J. A. OCHOA (eds.), *Oriente y Occidente en la Edad Media. Influxos bizantinos en la Cultura Occidental (VIII Jornadas sobre Bizancio)*, 1993.
3. PILAR CIPRÉS, *Guerra y sociedad en la Hispania Indoeuropea*, 1993.
4. IÑIGO RUIZ ARZALLUZ, *El hexámetro de Petrarca*, 1993.
5. ROSA MENTXAKA, *El senado municipal en la Bética hispana a la luz de la lex irnitana*, 1993.
6. ANTONIO DUPLÁ y A. EMBORUJO (eds.), *Estudios sobre historia antigua y la historiografía moderna*, 1994.
7. M.<sup>a</sup> T. MUÑOZ GARCÍA DE ITURROSPE, *Tradicón formular y literaria en los epitafios latinos de la Hispania cristiana*, 1995.
8. JESÚS BARTOLOMÉ GÓMEZ, *Los relatos bélicos en la obra de Tito Livio*, 1995.
9. PILAR RODRÍGUEZ, *Gens: una forma de agrupación antigua mal conocida*, 1996.
10. M.<sup>a</sup> CRUZ GONZÁLEZ, *Los astures y los cántabros vadinienses. Problemas y perspectivas de análisis de las sociedades indígenas de la Hispania indoeuropea*, 1997. 2006 (2.<sup>a</sup> ed.).
11. ALBERTO QUINTANILLA, *Estudios de fonología ibérica*, 1997.
12. GUADALUPE LOPETEGUI, *Estudio lingüístico de la documentación latina de la Cancillería de Sancho VI de Navarra*, 1999.
13. M.<sup>a</sup> ISABEL PANOSA, *La escritura ibérica en Cataluña y su contexto socioeconómico (siglos V-I a. C.)*, 1999.
14. VALERIANO YARZA URKIOLA, *Potamio de Lisboa: Estudio, edición crítica y traducción de sus obras*, 1999.
15. ESTÍBALIZ ORTIZ DE URBINA, *Las comunidades hispanas y el derecho latino. Observaciones sobre los procesos de integración local en la práctica político-administrativa al modo romano*, 2000.
16. CARLOS GARCÍA CASTILLERO, *La formación del tema de presente primario osco-umbro*, 2000.
17. M.<sup>a</sup> J. GARCÍA SOLER (ed.), *TIMHE XAPIN. Homenaje al profesor Pedro A. Gainzarain*, 2002.
18. ENRIQUE GARCÍA RIAZA, *Celtiliberos y lusitanos frente a Roma: diplomacia y derecho de guerra*, 2002.
19. JUAN L. GARCÍA ALONSO, *La Península Ibérica en la Geografía de Claudio Ptolomeo*, 2002.
20. JOSÉ IGNACIO SAN VICENTE, *Moneda y propaganda política: de Diocleciano a Constantino*, 2002.
21. IGNACIO BARANDIARÁN MAESTU, *Grupos homoespecíficos en el imaginario mobiliario magdaleniense*, 2003.
22. JESÚS RODRÍGUEZ RAMOS, *Análisis de epigrafía ibera*, 2004.
23. JOSÉ M.<sup>a</sup> VALLEJO RUIZ, *Antroponimia indígena de la Lusitania romana*, 2005.
24. JOSÉ ÁNGEL TAMAYO ERRAZQUIN, *Libertis Libertabusque. El fideicomiso de alimentos en beneficio de libertos en Digesta y Responsa de Q. Cervidius Scaevola*, 2007.
25. ELENA MACUA MARTÍNEZ, *Técnicas de caracterización en Menandro*, 2008.
26. VITALINO VALCÁRCCEL MARTÍNEZ (ed.), *Las biografías griega y latina como género literario: De la Antigüedad al Renacimiento. Algunas calas*, 2009.

## LA AMBIGUA RELACIÓN ENTRE LA BIOGRAFÍA Y LA HISTORIA\*

Vitalino VALCÁRCCEL MARTÍNEZ  
UPV/EHU

Qué cosa sea la historia y cómo haya que escribirla es algo muy discutido. Esto está en la mente de todos y no parece necesario esforzarse en acumular pruebas. Baste, por vía de ejemplo, recordar cuánta discusión y puntos de vista diferentes podemos ver en los múltiples tratados sobre historia de la historiografía.

En ellos podemos observar cómo en los dos últimos siglos encontramos quienes propusieron pasar de la historia narrativa que llamaron, y era, «tradicional», la historia de los acontecimientos político-militares (*res gestae*) a una historia conceptualizante, que propone y resuelve problemas; frente a la historia tradicional, que atiende al tiempo breve, al acontecimiento y al individuo Fernand Braudel<sup>1</sup> propugna que la historia atienda a la oscilación cíclica, al tiempo de larga duración; y tal concepto o filosofía se concretará en la historia estructural (social y económica) y de las identidades colectivas. Esta tendencia estuvo en vigor, sobre todo, entre los años 30 y 80 del siglo xx. A partir de entonces vuelve a ganar crédito la historia narrativa, la que organiza el material en un orden de secuencia cronológica, con un encuadramiento del contenido en una narración coherente, aunque con sub-argumentos o intrigas secundarias. Esta nueva historia narrativa coincide con la historia narrativa tradicional en algunas cosas importantes; por ej., es también en parte descriptiva y atiende más a lo particular y específico que a lo estadístico y colectivo. En ella se reconoce también la importancia del poder y de las decisiones políticas personales tomadas por individuos. Y como la tradicional, sea la de Tucídides, la de Tácito o la de E. Gibbon (1737-1794) o Th.B. Macaulay (1800-1859), tiene un tema y argumento y está guiada por un principio orientador. Pero asimismo tiene, como habría que esperar, importantes diferencias respecto a la historia narrativa tradicional como es la de atender a la vida y sentimientos, más que de los poderosos, de las gentes humildes y oscuras; su metodología es tanto descriptiva como analítica; en

\* Este trabajo se inscribe en el proyecto EHU08/17, financiado por la UPV-EHU.

<sup>1</sup> F. Braudel (1902-1985), director de *Les Annales* y crítico y renovador de la corriente historiográfica vinculada a la conocida «Ecole des Annales».

la presentación y estudio de los personajes se basa en la psicología y antropología modernas y cuando se ocupa de personajes concretos y episodios domésticos lo hace no solo por ellos mismos sino también para arrojar luz sobre desarrollos internos de las culturas y sociedades pasadas<sup>2</sup>.

Pero la discusión sobre qué es y cómo debe escribirse la historia no data sólo de estos dos últimos siglos. Ya en su nacimiento<sup>3</sup>, que en nuestro mundo cultural fue Grecia, ello, como sabemos, fue ya discutido, si bien la Retórica antigua discurrió sobre la historia en un grado francamente escaso<sup>4</sup>, sobre todo en comparación con otros géneros literarios como la tragedia, la comedia, la oratoria o la épica. Tal discusión giró, sobre todo, y simplificando las cosas, en torno a un punto nuclear: si la historia debía concebirse como ciencia o como literatura. Sabido es que muchos han creído que, de algún modo, la primera alternativa era defendida por Aristóteles y, más tarde, por Polibio, mientras que la segunda, según una opinión bastante extendida, recibiría un fuerte impulso de Isócrates<sup>5</sup>, debido, sobre todo, a la influencia que ejercería en sus discípulos, los historiadores Éforo y Teopompo. A nosotros, sin embargo, nos parece más convincente la explicación de F.W. Walbank, el cual ve en el ambiente cultural del tiempo causas comunes para la producción tanto de la tragedia como de la «historia trágica», es decir, emotiva y sensacionalista, causas, por tanto, distintas a la vinculación de la historia (trágica) con una escuela concreta<sup>6</sup>. Como quiera que ello fuere, la alternativa que concebía la historia como literatura sería la que en la práctica, como es sabido, triunfó en la Antigüedad, si bien es cierto que el seguimiento de una u otra línea tiene grados diversos de adhesión, según los au-

<sup>2</sup> Sobre las cuestiones tratadas en este punto puede verse, entre otros, J. Lozano, *El discurso histórico*, Madrid, reimpr. 1987, pp. 138 y ss.

<sup>3</sup> En este trabajo no trataremos de la ambigua relación entre la historia y la biografía en la Edad Media y el Renacimiento pues ahora no pretendemos relizar un seguimiento continuado de esa cuestión a través de la historia. Por tal razón nos basta aquí con hacer un cierto paralelo entre, de un lado, las época moderna y contemporánea y, de otro lado, la época antigua con el fin de mostrar que la complejidad de las relaciones entre la historia y la biografía aún perdura porque está en la naturaleza de las cosas.

<sup>4</sup> Esa afirmación la constata, con un cierto asombro, el propio Cicerón: «*neque eam (historiam) reperio usquam separatim instructam rhetorum praeceptis*» (De Orat. II, 60). Naturalmente tal afirmación es válida para el estado de cosas anterior al momento en que Cicerón escribe esta obra, que es el 55 a.C., refiriéndose además especialmente al estilo. Después de él versarían sobre la historia, en obras de crítica literaria, Quintiliano, Plinio el Joven, Dionisio de Halicarnaso y Luciano en los títulos que citaré después. Además siempre podrá quedar un resquicio de duda sobre la calidad de la información de Cicerón sobre este asunto.

<sup>5</sup> Ésta es la que podríamos entender como opinión más sostenida por los estudiosos y, entre ellos, por B.L. Ullman («History and Tragedy»; *TAPhA*, 73, 1942, pp. 25 y ss.). Pero otros, como K. von Fritz («Die Bedeutung des Aristoteles für die Geschichtschreibung», en *Histoire et historiens dans l'Antiquité*, Vandoeuvres-Geneve, 1958, 85-145) han opinado que fueron miembros de la escuela peripatética los autores del cultivo de una «historia trágica».

<sup>6</sup> Cfr. F.W. Walbank, «History and tragedy», *Historia*, 9, 1960, pp. 224-241.

tores, y que, en todo caso, también la historia «literaria» en la pluma de los mejores historiadores no pierde de vista el objetivo de la búsqueda de la «*veritas*»<sup>7</sup>, excluyendo, a lo que parece, el falseamiento consciente de los hechos.

Hemos citado tres autores antiguos (de los cuales, uno historiador) que, de un modo u otro, discutieron el concepto de historia y de cómo ésta debía escribirse. Evidentemente no fueron, ni mucho menos, los únicos a lo largo de toda la Antigüedad. Tenemos, sobre todo, y ya en Roma, a Cicerón, que en diversas obras suyas<sup>8</sup>, y con distinto grado de detenimiento, alude a o trata de la naturaleza pero, sobre todo, del estilo de la obra histórica. Y ahí están también Quintiliano<sup>9</sup> y Plinio el Joven<sup>10</sup> en Roma, y Luciano<sup>11</sup> y Dionisio de Halicarnaso<sup>12</sup> en Grecia. Y aún podría citarse otros nombres<sup>13</sup>.

De lo que se nos ha conservado<sup>14</sup> Cicerón es seguramente el autor más importante a este respecto. En las obras atrás aludidas, en especial<sup>15</sup> en el De ora-

<sup>7</sup> Recuérdese, por ej., a Polibio y sus repetidas manifestaciones (v. gr., en *Historias* I, 14,6 o XII, 12, 3-5) de que la búsqueda de la «*veritas*» es la «*conditio sine qua non*» para que una obra pueda entenderse como historia. Búsqueda en la que él se esforzó.

<sup>8</sup> Cfr. Cic., De Orat., II, 51-64, en especial II, 62-64; Epist. ad Luceium (Fam. V, 12); De Inv., I, XIX, 27; Orator, XIX, 66; Brutus, X, 42-43; De Leg., I, 2. Un rápido recorrido analítico por el conjunto de estos textos, buscando abstraer el pensamiento de Cicerón sobre la historia, puede verse en A.P. Kelly, *Historiography in Cicero*, tes. inéd., Pennsylvania, 1968. Sobre ellos discurre también A. Foucher (*Historia proxima poetis. L'Influence de la poésie épique sur le style des historiens latins de Salluste a Ammien Marcellin*, Bruselas, 2000). Obra ésta ciertamente importante pero que sobre el asunto que nos ocupa pasa más bien deprisa pues en las páginas dedicadas a Cicerón el autor busca más averiguar la idea que el Arpinate tenía sobre el estilo de la historia que la que tenía sobre la naturaleza o filosofía de ésta.

<sup>9</sup> Inst. Orat., I, X, 31-34, 73-75 y 100-104

<sup>10</sup> Ep. V,8,5

<sup>11</sup> Cfr. Luciano, *Cómo se escribe la historia* (en *Obras*, t. III, trad. esp. de J. Zaragoza Botella, Madrid, 1990, pp. 373-408). Ya que antes me he referido a la búsqueda de la «*veritas*» por parte de los mejores historiadores, recordaré lo que este teórico helenístico, Luciano, dice al respecto en este tratado: «La historia en cambio (frente al panegrico) no podría admitir una mentira, por muy pequeña que fuera, no más de lo que dicen los médicos que una tráquea podría admitir en ella algo que se le hubiera tragado», en *ib.*, n.º 7 (pp. 377-378).

<sup>12</sup> Epist. ad Pomp., 6, II.

<sup>13</sup> C. Codoñer (*Evolución del concepto de historiografía en Roma*, Bellaterra, 1986) estudia la evolución del concepto de historia en Roma mediante un fino análisis de los proemios que Sallustio, T. Livio y Tácito antepusieron a sus respectivas obras históricas.

<sup>14</sup> Tenemos noticia (Diógenes Laercio, V, 47) de un Περὶ ἱστορίας de Teofrastro y de otro título idéntico de Praxífenos pero, puesto que no nos han llegado, desconocemos la naturaleza de los mismos. Cfr. *R. E.*, sub vv.

<sup>15</sup> Cicerón, aparentemente, se explaya mucho más sobre la escritura de la historia, y el interés que ésta conlleva, en su famosa carta a Luceyo (Ad Fam., V,12). En ella el Arpinate pide a Luceyo que componga una monografía sobre los hechos de su consulado y lo hace de un modo en que, a primera vista, se contradice con el concepto de historia que él mismo defiende en De Oratore, II, pues en un momento dado Cicerón pide a Luceyo que, si es preciso, se olvide de las leyes

tore (II, 62-64), Cicerón<sup>16</sup> nos ha dejado una apretada y rica síntesis<sup>17</sup> sobre la naturaleza y estructura de la obra histórica, atendiendo también, aunque en menor grado, al aspecto formal o estilo de la misma<sup>18</sup>. Su pensamiento es verosímil que se moviera dentro de la doctrina predominante en la época helenística<sup>19</sup>, que propugna para la obra histórica la condición de obra literaria; pero es importante señalar que Cicerón, según decíamos, y como más tarde hará Plinio<sup>20</sup>, hace compatible esa condición con la búsqueda de la «*veritas*»: «*nam quis nescit*

de la historia y, en aras de la amistad que se profesan, alabe las «*res gestae*» de su consulado más de lo que pediría la verdad («*amorque nostro plusculum etiam quam concedet veritas largiare*»). Carta que ha sido objeto de una larga y viva polémica entre los estudiosos, siendo bastantes los que acusan de inconsistente y contradictorio a Cicerón en su posición respecto a cómo debe escribirse la historia y a si en ella la «*veritas*» es un presupuesto fundamental. Pero en esta carta Cicerón, si bien se mira, se refiere, más que a la historia general, a una parcela muy concreta y específica de la escritura histórica: la de la monografía histórica encomiástica, que en este caso tendría por tema el logro de Cicerón en desbaratar la conjuración de Catilina. En este punto estamos, pues, con quienes, como R. Schuetz, A.M. Guillemín, B.L. Ullman, V. Paladini, A.D. Leeman o A.P. Kelly, en los trabajos citados en diferentes notas, ofrecen buenos argumentos para defender esta opinión. Además puede ser verosímil el parecer de P.A. Brunt («*Cicero and historiography*», en *Miscellanea di studi classici in onore di Eugenio Manni*, t. I, Roma, 1979, pp. 311-340, en concreto pp. 333-334) al defender que lo que Cicerón pide en esa carta hay que interpretarlo como una «*augendi minuendive causa veritatis supralatio atque traiectionis*», una amplificación o exageración que afecta, sobre todo, al modo de presentar las cosas, lo cual ocurre alguna vez hasta en Tucídides, y no implicaría necesariamente el falseamiento de los hechos. Por su parte, A.-J. Woodman (*Rhetoric in classical historiography*, Bristol, 1988, pp. 70-74) de algún modo viene a situarse entre quienes no ven tanta contradicción en Cicerón al explicar lo que éste dice en su carta a Luceyo por las circunstancias tan especiales por las que pasaba en el momento de redactarla, circunstancias que le empujan a solicitar al amigo una obra de propaganda de su acción política. Y, de otra parte, la extrañeza que produce la petición de Cicerón se rebaja un tanto si se recuerda que también Plinio el Joven pedía algo parecido a Tácito en Ep., VII, 33, texto sobre el volveré después.

<sup>16</sup> Somos de los que creemos que lo que en ese pasaje del Diálogo De Oratore dice Antonio representa el pensamiento de Cicerón (N. B. Véase texto en apéndice).

<sup>17</sup> Obviamente mucho más extenso es un tratado como el escrito por el griego Luciano (compuesto entre 166-168 d.C.) sobre «Cómo debe escribirse la historia». Pero, bien mirado, y si nos referimos a la doctrina retórica y teoría sobre la naturaleza de la historia, lo que en sustancia dice Luciano en su ensayo no es más que lo que nos indica Cicerón en De Orat., II, 62-64, viniendo además a coincidir la doctrina del autor griego con la del romano. La causa de esa mayor extensión es que la amplitud del polígrafo griego viene dada en este tratado por la abundante ejemplificación de su doctrina, sobre todo, criticando y satirizando los vicios que en ella condena.

<sup>18</sup> Un excelente comentario a este texto se puede ver en A.J. Woodman, *o.p. cit.*, p. 70 y ss.

<sup>19</sup> Cfr. K.-E. Petzold, «Cicero und Historie», *Chiron*, bd. 2, 1972, pp. 253-276.

<sup>20</sup> En efecto, Plinio (Ep., VII, 33,10) en un contexto menos teórico que el de Cicerón (en De Orat. II) también defiende que la historia, aunque presente los hechos con «*ornatus*», no debe sobrepasar la verdad. Así pidiéndole a Tácito que incluya en sus obras de historia un hecho suyo, escribe: «*Auguro... historias tuas immortales futuras; quo magis (ingenue fatebor) inseri cupio... Haec, utcumque se habent, notiora, clariora, maiora tu facies; quamquam non exigo ut excedas actae rei modum. Nam nec historia debet egredi veritatem, et honeste factis veritas sufficit.*

*primam esse historiae legem ne quid falsi dicere audeat? Deinde ne quid veri (historia dicere) non audeat? Ne quae suspicio gratiae sit in scribendo? Ne quae simultatis?»* (De Orat. II, 15, 62). Y añádanse también sus referencias a la historia como «*testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis*» (Cic., De Orat., II, 36)<sup>21</sup>. Pero además entendemos que su filosofía de la historia supone para ésta una narración no solo expositiva sino también portadora de un análisis causal y explicativo de los acontecimientos: «*et cum de eventu dicatur (rerum ratio vult) ut causae explicentur omnes vel casus vel sapientiae vel temeritatis*» (ib., II, 63). En verdad la doctrina de Cicerón en De Orat., II, 62-64, por diversos motivos, se nos muestra aquí sorprendentemente moderna.

Pues bien, al igual que en el caso de la historia, también en el caso de la biografía la discusión sobre su naturaleza o «*status*» epistemológico y literario es y ha sido larga y abundante en los dos últimos siglos, aunque en un grado bastante menor que en el caso de la historia<sup>22</sup>.

Discusión que se enmarca en el hecho de que la biografía tiene un objeto y unos medios o métodos que son a la vez obvios y lábiles. Ella supone, al menos en un sentido laxo, una ciencia ya que procede inductivamente<sup>23</sup>; el biógrafo

<sup>21</sup> Pensamos que lo que Cicerón afirma en el conjunto de II, 62-64 del De Orat. es compatible con su calificación de la historia como «*opus oratorium maxime*» (De Leg. I, 5) y con lo que afirma al comienzo del texto en cuestión: «*videtisne quantum munus sit oratoris historia? Haud scio an flumine orationis et varietate maximum*», si es que estas expresiones se entienden en su sentido más verosímil (cfr. al respecto G. Albin, «*Leges Historiae*», en *La Cultura*, vol. I, fasc. 9, A., VIII, 1929, pp. 513 y ss.). Y también sería compatible con el concepto de «*historia ornata*» que Cicerón viene a defender en el conjunto de sus referencias a la misma (Cfr. J. Gaillard, «La notion ciceronienne d'histoire ornata», en R. Chevalier (ed.), *Colloque Histoire et Historiographie. Clio*, Paris, 1978, pp. 37-45). Asimismo, tampoco las afirmaciones que el Arpinate hace en su Carta a Luceyo invalidan aquella formulación ciceroniana del De Orat., II, 62 si, como decíamos en la nota anterior, se parte de que las peticiones que en esa carta hace Cicerón se refieren a una obra y a una situación muy concretas (cfr. también A.D. Leeman, «Le genre et le style historique a Rome: théorie et pratique», *REL*, 1955, en concreto, pp. 190-191). Por su parte, la tan conocida afirmación de Quintiliano (X, 1,31): «(historia) est enim proxima poetis» hay que entenderla referida a la parte de la «*elocutio*» como se desprende del conjunto de la doctrina que sobre ella expone en su libro X.

<sup>22</sup> No tiene objeto señalar aquí un listado, ni siquiera mediano, de estudios sobre la biografía como género. Tan sólo destacaremos unos pocos títulos modernos más fundamentales que han influido especialmente en nosotros: A. Maurois, *Aspects of biography*, Paris, 1930; J.A. Garraty, *The nature of Biography*, Londres, 1958; P.M. Kendall, *The art of Biography*, Londres, 1965; I.B. Nadel, *Biography. Fiction. Fact and Form*, Londres, 1984; D. Madelenat, *La Biographie*, Paris, 1984; D. Aaron (ed.), *Studies in Biography*, Londres, 1978; H. Röcklein (ed.), *Biographie als Geschichte*, Tübingen, 1993; I. Gallo-L. Nicastrì, *Biografia e autobiografia degli antichi e dei moderni*, Roma, 1995.

<sup>23</sup> I.B. Nadel, *op. cit.*, pp. 151-153, piensa que es este lado de la biografía, es decir, el verla como obra en prosa con poca ficción, y por lo tanto con poca invención-creación literaria, la causa de que haya habido sobre ella una relativamente escasa teorización como género literario hasta época relativamente reciente.

investiga y reúne hechos de su protagonista para llegar a unas conclusiones: la vida y el significado o símbolo del mismo. Es también un oficio, como las demás artes, en el sentido de que emplea técnicas que pueden ser aprendidas; y es un arte porque el biógrafo se halla en una medida u otra fundido en la obra que ha producido (toda biografía es también autobiografía) y, como el novelista o el pintor, modela su material con el fin de lograr unos efectos<sup>24</sup>.

Por lo que hace a la época atrás señalada, digamos que dos fuerzas distintas han presionado sobre la escritura biográfica. Como ocurría en la historia, ellas han sido, de un lado, la presión de la ciencia y, de otro, la presión de la literatura. La presión de la ciencia se ha concretado en la influencia sobre el biógrafo de la antropología, la biología, la sociología, la psicología científica, y el psicoanálisis. A todas esas ciencias va ligada la posibilidad de conocer mejor al hombre; y de hombres o personas concretas trata la biografía. Ello ha llevado a distintas clases de biografía que pretenden ser de algún modo científicas: biografía de investigación, biografía psicológica o interpretativa, etc.<sup>25</sup>.

Por su parte, la presión de la vertiente literaria también se ha dejado notar: el biógrafo moderno se ha dejado estimular por el modelo de la novela, yendo a veces demasiado lejos, no limitándose a una «simulación en palabras de una vida», para decirlo con palabras de P.M. Kendall<sup>26</sup>, sino a la dramatización de esa vida, es decir, a una vida con demasiada ficción y con técnicas literarias propias del novelista, por ej., en el manejo del tiempo. Y, dependiendo de países, de momentos históricos y de autores concretos, se han llevado a cabo en mayor o menor número biografías escoradas hacia uno de los dos lados: hacia el lado de la ciencia o hacia el lado del arte. Naturalmente son más los biógrafos que han pretendido mantener el equilibrio: aprovechar los avances de las nuevas ciencias humanas que permiten conocer mejor al individuo y a la vez hacer obra literariamente lograda, buscando la perdurabilidad mediante los logros artísticos. El grado de consecución depende de cada obra. Pero efectivamente la biografía de estos siglos también ha dado a la historia de la literatura nombres escritos con mayúscula<sup>27</sup>.

Pero, olvidando las difíciles relaciones de la biografía con otras ramas de la literatura, debemos centrarnos en el punto que más nos interesa ahora: el de las relaciones entre la historia y biografía, comenzando por referirnos a la época contemporánea.

<sup>24</sup> Cfr. P.M. Kendall, *op. cit.*, pp. XI-XII.

<sup>25</sup> Cfr. P.M. Kendall, *op. cit.*, ib.

<sup>26</sup> Cfr. P.M. Kendall, *op. cit.*, p. 147.

<sup>27</sup> Citemos sólo, a modo de ejemplo, a J. Boswell con su *Vida de S. Johnson*; a W. Irving, con su *Historia de la vida y viajes de Colón*; a L. Strachey, con sus *Victorianos Eminentes*; a A. Maurois, con sus *Vidas de Shelley y Disraeli*; a E. Ludwig, con sus *Vidas de Goethe y de Napoleón*; a V. Woolf, con su *Vida de R. Fry* o a Eugenio d'Ors, con sus *Vidas de Fernando e Isabel (la Católica)*.

Para empezar, en este punto me parece que será acertado distinguir entre la teoría y la práctica. En un primer momento, desde que emergieron las distintas filosofías de la historia, se ve en la historia y en la biografía dos métodos contradictorios por lo que hace al conocimiento del pasado<sup>28</sup>; de un lado, la historia atiende a estructuras comunes, se esfuerza en pensar la vida, deduciendo y reconstruyendo la racionalidad inmanente a ésta, racionalidad con frecuencia desapercibida para los seres mismos que la viven. La biografía, por el contrario, querría resucitar al individuo irremplazable, conocer, más que los sucesos, al actor de los mismos, sus móviles, su interioridad, su situación existencial. Esta oposición teórica hace parecer como problemático el valor histórico de la biografía, ya que, como se ve, el biógrafo cambia el flujo del devenir colectivo por el ciclo cerrado de una vida y el estudio que hace de una particularidad individual prescinde del sentido de totalidad que busca la historia<sup>29</sup>. P. Veyne, por ej., dice que «la historia se propone dar cuenta de las civilizaciones del pasado y no el salvar el recuerdo de individuos»<sup>30</sup>, para él la historia no podría ser un inmenso conjunto de biografías. Y a lo largo del último siglo la formas de historia más cercanas a nosotros (la historia social, económica, cultural, vinculadas a L'Ecole des Annales) han sido también más bien hostiles<sup>31</sup> a la biografía como forma de conocimiento histórico. Los historiadores que han cultivado estas clases de historia tratan de los problemas y fenómenos humanos y con los métodos que recordábamos más atrás. Para ellos, como dice Madelenat<sup>32</sup>, la biografía es o un fósil viviente o un reservorio de hechos que, después de tratar convenientemente, abren la puerta a lo colectivo, por ej., a los comportamientos y sentimientos sociales. Pero tanto en un momento como en otro ha habido también, desde dentro de la filosofía sobre la historia, actitudes favorables a la biografía como modo de conocimiento histórico. Dilthey, por ej., defiende que «le cours de la vie humaine est l'unité naturelle qui nous est donée

<sup>28</sup> Unos rápidos trazos de las ambiguas y problemáticas relaciones entre la historia y la biografía en la época moderna da A. Momigliano en las primeras páginas de su conocida obra: *Genesis y desarrollo de la biografía en Grecia*, trad. esp., México, D.F., 1986. Estos rápidos trazos pueden complementarse con las atrás citadas obras de D. Madelenat, P.M. Kendall, D. Aaron, H. Röckelein, I. Gallo-L. Nicastri. En estos autores fundamentalmente (pero, sobre todo, en los dos primeros) me baso al hablar de la relación entre la biografía y la historia en la época moderna.

<sup>29</sup> Cfr. D. Madelenat, *op. cit.*, pp. 108-109.

<sup>30</sup> Paul Veyne (1930- ), arqueólogo y especialista en la Roma Antigua. Véase su obra *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie*, París, 1971, p. 72.

<sup>31</sup> Aunque se puede recordar que tanto L. Febvre como M. Bloch concedían gran importancia al estudio del papel del individuo en la historia. Cfr. por ej., J. Le Goff, «The whys and ways of writing a biography. The case of St. Louis», *Exemplaria*, 1.1, 1989, especialmente pp. 207-210, y G. Levi, «Les usages de la biographie», *Annales ESC*, 44-6, 1989, pp. 1.317-1.323.

<sup>32</sup> Cfr. D. Madelenat, *op. cit.*, pp. 110-111.

pour mesurer d'une manière concrète l'histoire des mouvements spirituelles»<sup>33</sup>. Todo se concreta en situaciones individuales, la abstracción no es sino una ilusión: no existe ni burguesía ni alienación sino burgueses concretos y hombres alienados, con sus dosis de azar y sus ambigüedades y contradicciones. Por ello la biografía se convierte en un acceso privilegiado a la verdadera realidad. Es pues la suya una llamada a lo concreto, a la intrahistoria en palabras de Unamuno. Por su parte Nietzsche decía que «Il viendra un temps où l'on s'abstiendra sagement de reconstruire en quelque manière que ce soit le processus universel ou simplement l'histoire de l'humanité, un temps où, de nouveau, on ne tiendra plus compte des masses mais seulement des individus, qui forment une sorte de pont sur le torrent sauvage du devenir»<sup>34</sup>. Y Carlyle (1795-1881), quien estaba convencido de que sólo la biografía era verdadera historia, se expresaría en estos términos: «universal history is at bottom the history of Great Men who have worked here»<sup>35</sup>.

Sin embargo, lo dicho se sitúa en el marco de las posiciones teóricas. En la práctica ese antagonismo teórico se difumina. Así en nuestros días la llamada historia de las mentalidades de algún modo ha favorecido el cultivo de la biografía como método de conocimiento histórico<sup>36</sup>. Y Renzo de Felice, por ej., eligió la biografía a la hora de realizar un conocimiento histórico profundo de un movimiento social e ideológico como es el fascismo italiano<sup>37</sup>. Eso sin olvidar el ininterrumpido cultivo de la historia prosopográfica. De otro lado, la biografía ofrece una gran variedad: unas veces oscila entre una atención más exclusiva a la vida privada del protagonista, otras a la vida pública, con marchamo histórico, del mismo, otras veces cuaja en síntesis híbridas (vida y época de ...; vida y documentos de ...) en obras en que se engarza más al protagonista con la sociedad, sea la de la familia, la del grupo, la escuela, el movimiento o la generación.

<sup>33</sup> Cfr. «De l'étude de l'histoire des sciences humaines, sociales et politiques», capítulo incluido en la obra de Dilthey, *Le monde de l'esprit* (trad. francesa de M. Rémy de la obra alemana *Die geistige Welt*), t. I, Gentilly, 1947, p. 42.

<sup>34</sup> F. Nietzsche, *Considerations inactuelles, I et II* (II = De l'utilité et des inconvenients de l'histoire pour la vie), Textes et variantes établis par G. Colli et M. Montinari, traduits de l'allemand par P. Rusch, La Flèche (Sarthe), (Gallimard), pp. 154-155.

<sup>35</sup> En su obra *Heroes and Hero-Worship*, tomado de K.M. Harris, «Transcendental biography», en la obra de D. Aaron (ed.), atrás citada, p. 98.

<sup>36</sup> Un estudio sobre la teoría y práctica de lo que el autor llama «biografía histórica» (la cultivada como medio de conocimiento histórico) a través de los siglos, pero restringida al ámbito alemán, puede verse en O. Hähner, *Historische Biographik*, Frankfurt, 1999.

<sup>37</sup> R. de Felice a la hora de aclarar por qué eligió la biografía (de Mussolini) para un profundo estudio del fascismo italiano, dice: «la biografía, attraverso le vincende personali del biografato e delle persone che entrano in contatto con lui, permette di ricostruire in meglio il tessuto culturale di una realtà. E arrivo ad usare il termine «culturale» in certi casi in senso antropologico» (Cfr. A. Riosa (ed.), *Biografia e storiografia*, Milán, 1983, p. 50).

Pero una vez más, como en el caso de la historia, la discusión teórica sobre la biografía y la práctica multiforme de la escritura biográfica no es algo propio sólo de la época actual; arranca ya casi desde sus orígenes en Grecia y Roma. En efecto, ya la Antigüedad clásica nos ofrece «*in nuce*» la discusión sobre qué sea la biografía en relación a la historia y, sobre todo, una práctica hasta cierto punto multiforme de la escritura biográfica, la cual, si se examina, deja vislumbrar cómo los autores concebían esa relación. Variabilidad de la escritura biográfica que vendría motivada ciertamente por los distintos ambientes históricos pero también por la personalidad, inclinaciones y formación cultural de los biógrafos mismos<sup>38</sup>.

Según el gran historiador de la antigüedad, Momigliano, seguramente influido por F. Leo, los griegos distinguieron con claridad la biografía de la historia (la cual, por supuesto, se entendería como historia político-militar). Para él en los siglos V y IV a.C. esa distinción nos llegaría de forma implícita, es decir, en el modo de concebir y componer las obras que han pervivido<sup>39</sup>. Y Más tarde, en el periodo helenístico, al menos desde Polibio, tal como Momigliano interpreta al historiador griego en l. X, c.21 de sus *Historias*<sup>40</sup>, esa distinción se haría ya de forma explícita. Nosotros, por las razones que apuntamos abajo (n. 39 y 40), no estamos muy de acuerdo con esta opinión. Pero lo que ahora queremos recalcar es que esa discusión no se llevaría a cabo en los tratados de Retórica general o de crítica literaria sobre la historia al modo, por ej., del de Dionisio de Halicarnaso (Epist. ad Pomp.) o del de Luciano. Pensamos que se puede decir que, si en la Retórica el tratamiento de la historia fue marginal y escaso, el de la biografía, en el sentido general que hoy damos a este término (excluyendo, por tanto, el elogio y el encomio) fue casi inexistente. De hecho nos parece que sólo dos de los escritores antiguos de tratados generales sobre Retórica

<sup>38</sup> Cfr. I. Gallo, «Nascita e sviluppo della biografia greca», en I. Gallo y L. Nicastrì (eds.), *Biografia e autobiografia degli antichi e dei moderni*, Nápoles, 1995, p. 11.

<sup>39</sup> Cfr. A. Momigliano, *op. cit.*, pp. 17, 24, 57, 82-83, 106-107, 124, 129, 130. No nos parece que Momigliano, gran historiador de la Antigüedad, demuestre convenientemente esta tesis suya ni que en el análisis concreto de las distintas obras (muchas veces tan solo nombres) mantenga de continuo la necesaria distinción (de la que en otros momentos es muy consciente) de los conceptos de historia, monografía histórica, biografía y discurso epideictico (elogio o vituperio). Por ejemplo, da por bueno que las «τά περὶ Αννίβαν» de Sósilos sea una biografía (p. 106). Sin embargo creemos que la fuerza de su nombre ha hecho que muchos partan de aquella tesis sin mayor análisis como, por ej., Ch.W. Fornara, en su obra *The nature of History in ancient Greece and Rome*, Los Ángeles, pp. 184-187.

<sup>40</sup> Nosotros interpretamos lo que Polibio dice en ese capítulo en un sentido diferente al que le da Momigliano (*op. cit.*, p.11) pues, como B. Gentili y G. Cerri (*Storia e Biografia nell pensiero antico*. Roma, 1983, pp. 69-70), creemos que Polibio reafirma aquí lo pertinente que es la biografía en la escritura de la historia general, por tanto, lo que en realidad opone a la historia es el encomio, no la biografía.

(obviamente de los que nos han llegado) aludieron en sus obras a la biografía (por supuesto, no con esta palabra, la cual no aparecería hasta el s. VI d.C.), y ello lo hicieron de forma mínima<sup>41</sup>. Uno fue Cicerón en su pasaje De Orat. II, 64, tantas veces invocado: «*et cum de inventu dicatur ut causae explicentur omnes vel casus vel sapientiae vel temeritatis hominumque ipsorum non solum res gestae sed etiam qui fama ac nomine excellent, de cuiusque vita atque natura*». Su discurso ahí nos parece analítico y prescriptivo y en él deja expresa la idea de que la historia, por su propia naturaleza, incluía también la biografía o, si se quiere, que la biografía era un ingrediente natural de la historia<sup>42</sup>. Cicerón, como ya antes había hecho Polibio<sup>43</sup>, acepta, pues, y supone el biografismo en

<sup>41</sup> Juzgamos discutible la opinión de A. Momigliano (*op. cit.*, p. 124) al sospechar que Cicerón, en *De Invent* (I, 19,13), y el autor de la *Rhetorica ad Herennium* (I,8,13) pueden estar oponiendo la historia a la biografía. En *De Inv.*, 19 Cicerón habla de la «*narratio quae versatur in personis*» y, al describirla, se refiere a que el orador tendrá en cuenta no solo los hechos de la persona sino también su lenguaje y su carácter. «*Illa autem narratio, quae versatur in personis, eiusmodi est, ut in ea simul cum rebus ipsis personarum sermones et animi perspicere possent*». Pero el problema está en que Cicerón, al describir esa narratio, no está pensando en la biografía o vitae sino en la «*narratio*» del discurso, en especial del discurso epideictico, y por tanto trasladable al encomio pero no a la biografía, tomado este término en sentido estricto. Y, en nuestra opinión, algo parecido, es lo que ocurre también en éste mismo tratado (34-36, no invocado por Momigliano) al hablar de la «*demonstratio*» (*confirmatio*) en el discurso.

Por su parte la *Rhetorica ad Herennium* (¿de Cornificio?) al tratar (VIII, 12-13) de los «*tria genera narrationum*», expone una doctrina muy similar, y con múltiples «*junturas*» comunes a la anteriormente vista en Cic. (*De Inv.*, 19). Creemos que vale para ella, respecto a la biografía, la matización arriba expuesta. Y pensamos también que en una situación parecida se hallaría la doctrina retórica antigua, griega y latina, del discurso epideictico en el sentido de que sin duda esta doctrina retórica ofrece muchos elementos útiles para los biógrafos, los cuales, en una medida u otra, los aprovecharían, pero no fue pensada para ellos ni para el género de la biografía.

<sup>42</sup> Ya antes, en este mismo tratado (*De Orat.* II, 12,53) al describir el modo en que los antiguos analistas romanos concebían y practicaban la historia (*non exornatores rerum sed tantum modo narratores fuerunt*) Cicerón dice que los pilares en que éstos se basaban eran la cronología, la geografía, los protagonistas y los sucesos («*qui sine ullis ornamentis monumenta solum temporum, hominum, locorum gestarumque rerum reliquerunt*»).

<sup>43</sup> Véase, al respecto su declaración del l. X, c.21 de sus *Historias*: «*Ahora que el curso de mi narración nos ha llevado a tratar las operaciones de Filopemen, parece conveniente hacer con él algo semejante a lo que intentamos a propósito de otros nombres ilustres: poner en claro su preparación y su carácter. En efecto, resulta absurdo que los tratadistas narren con detalles cómo y cuándo fueron fundadas las ciudades, quiénes fueron sus fundadores y, encima, las dificultades de la empresa y que, en cambio, pasen por alto la formación y los ideales de las personalidades que lo dispusieron todo, a pesar de que esto último tiene una utilidad más preclara: en la misma medida en que se puede emular e imitar más a los hombres vivientes que a los seres inanimados es natural que tratar sobre los primeros convenga más para la formación de los lectores*». (Polibio, *Historias*, libros V-XV trad. esp., de M. Balash Recort, Madrid, 1981, p. 377). Y, poco después de Cicerón, Diodoro Sículo (Biblioteca Histórica, 10,12,1-2) y Dionisio de Halicarnaso (*Historia de la Antigua Roma*, l. V, 48) se manifestarán también favorables a que en la historia general se dé cuenta de la vida de los hombres prominentes.

la obra histórica<sup>44</sup>, es decir, da por hecho que la historia general tiene como un elemento constituyente el dar cuenta de la vida y carácter de las grandes individualidades que intervienen e influyen en los hechos históricos. Y, a este respecto es importante reparar que Cicerón no afirma que la noticia sobre esos hombres protagonistas haya de ser forzosamente encomiástica<sup>45</sup>. Por su parte Séneca el Viejo en su *Suassoria* 6,21 es más bien sólo descriptivo, constatando justamente ese biografismo en los escritores antiguos: «*Quoties magni alicuius (viri) mors ab historicis narrata est, toties fere consummatio totius vitae et quasi funebris laudatio redditur. Hoc, semel aut iterum a Thucydide factum, item in paucissimis personis usurpatum a Sallustio, T. Livius benignius omnibus magnis viris praestitit; sequentes historici multo id effusius fecerunt*». Fuera ya de los tratados de Retórica, en concreto en su Carta a Luceyo, encontramos a Cicerón exponiendo juicios y opiniones sobre el valor y la naturaleza de la monografía histórica, a la que él atribuye un mayor interés y atractivo para el lector que la historia general: «*Si uno in argumento unaque in persona mens tota versabitur, cerno iam animo quanto omnia uberiora atque ornatiora futura sint*». Y en *ib.*, n.º 5: «*Etenim ordo ipse annalium mediocriter nos retinet quasi enumeratione fastorum; at viri saepe excellentis ancipites variique casus habent admirationem, expectationem, laetitiam, molestiam, spem, timorem; si vero exitu notabili concluduntur, expletur animus iucundissima lectionis voluptate*»<sup>46</sup>. Uno se sentiría tentado a trasladar tales juicios a la biografía pero la contextualización de los mismos hace pensar que tal traslado sería abusivo<sup>47</sup>.

En realidad, las disquisiciones sobre la biografía y su diferenciación de la historia nos han llegado un poco más explícitamente en los prólogos a las propias biografías. De estos prólogos los más interesantes al respecto son los de Cornelio Nepote a las vidas de Pelópidas y de Epaminondas y el de Plutarco principalmente en la Vida de Alejandro Magno pero también en otras vidas<sup>48</sup>.

De Nepote nos quedan, además de las propias Vidas, el prólogo general y dos prologuillos teóricos acerca de las vidas arriba citadas. En su prólogo gene-

<sup>44</sup> Cfr. P. Kelly, *Hystoriography in Cicero*, Pennsylvania, 1968, tes., inédita, pp. 47-48.

<sup>45</sup> La frase «*de cuius vita atque natura*» conlleva ciertamente una fuerte elipsis, pero pensamos que el contexto gramatical hace suponer para ella, como predicado, algo como «*dicatur*», «*opus est dicere*» o algo semejante.

<sup>46</sup> Cfr. Ep. Ad Luc. (*Ad Fam.* V,12), 5, cfr. también n. 13.

<sup>47</sup> Que algunos conceptos que Cicerón vierte en su carta pudieran entenderse también referidos a la biografía alguien lo podría deducir de su invocación al Agesilao de Jenofonte como precedente y modelo de la obra que ahora solicita a Luceyo. Pero también aquí debemos pensar que, en sentido estricto y en puridad, el Agesilao de Jenofonte no es una biografía sino un encomio por más que éste contenga muchos elementos biográficos.

<sup>48</sup> De las *Vidas Paralelas* véanse, al respecto, Nicias, 1,5; Pau. Emilio, Prólogo 1,1-6 (antecede a la Vida de Timoleón); Pompeyo, 8,7; Pericles, 1-2; y de las *Vidas de los Césares* plutarqueas véase la de Galba, 2, 5.

ral Nepote se preocupa, sobre todo, de salir al paso de posibles objeciones morales que el lector romano pueda hacer a ciertos comportamientos, llamativos o escandalosos, de sus héroes griegos. Y sabido es que Nepote expone en él una concepción abierta, pragmática y relativista sobre los comportamientos y costumbres humanas<sup>49</sup>. Pero a la vez su advertencia comporta una indicación indirecta de un ingrediente de su material biográfico; puesto que esos comportamientos llamativos o escandalosos, de los que cita algunos<sup>50</sup>, pertenecen al ámbito de la vida privada, Nepote nos da a entender que ese ámbito constituirá un ingrediente esencial en el relato de sus vidas. De otro lado, de los prólogos particulares uno es el dedicado a la vida de Epaminondas. Dice así: «*Epaminondas, Polymni filius, Thebanus... Cum autem exprimere imaginem consuetudinis atque vitae velimus Epaminondae, nihil videmur debere praetermittere quod pertineat ad eam declarandam. Quare dicemus primum de genere eius, deinde quibus disciplinis et a quibus sit eruditus, tum de moribus ingeniique facultatibus et si qua alia memoria digna erunt; postremo de rebus gestis, quae a plurimis animi antepuntur virtutibus*»<sup>51</sup>.

Por lo que dice en este prólogo pensaríamos que el autor latino tenía clara la idea de lo que era una «*vita*», de sus objetivos, de los ingredientes en que ésta se debía basar y del orden de los mismos; es decir, de su finalidad y de su método o estructura. En efecto, en cuanto al objetivo, el biógrafo se ocuparía de «*exprimere imaginem consuetudinis atque vitae*» (*Epaminondae*). Es decir, Nepote se propone ofrecer al lector, mediante la palabra escrita, el símbolo, el «*εἶδος*», la imagen de Epaminondas. Y ¿cómo? De un lado, mediante el relato de sus costumbres, de sus hábitos ordinarios, es decir, el modo de vivir (*imago consuetudinis*) de Epaminondas. Y, de de otro lado, mediante el relato de sus acciones destacadas, sus hazañas, sus «*res gestae*» (*imago vitae*)<sup>52</sup>. Pero son ambos ingredientes

<sup>49</sup> Cfr. S. Costanza, «Considerazioni relativistiche nella "praefatio" di Cornelio Nepote». *Teoresi*, 10, 1955, pp. 130-159.

<sup>50</sup> Son datos como: la afición de un personaje público, Epaminondas, a la música y el baile; el estar casado con una hermanastra (Cimón); el que en Creta (mss: Graecia) es un honor que los jóvenes tengan gran número de amantes (del mismo sexo); que las viudas de Esparta «*ad cenam (moechum?) eant mercede conductae*»; el triunfo en los Juegos Olímpicos; el que un personaje políticamente importante sea actor de teatro o se exhiba ante el pueblo en espectáculo público. Tales cosas, dice Nepote, «*apud nos (Romanos) partim infamia partim humilia atque ab honestate remota ponuntur*». Y, a la inversa, al aludir a algunas costumbres de los romanos que los griegos pueden juzgar «*turpia*», cita la mayor presencia que la mujer romana, frente a la griega, tiene tanto en la vida social (junto a su marido) como en la doméstica.

<sup>51</sup> Cfr. C. Nepote, *De Ducibus exterarum gentium, Epaminondas*, 1. Cito el texto de Nepote según la edición de A.M. Guillemin, Ph. Heuzé y P. Zal, *Cornelius Nepos. Oeuvres*, París (Les Belles Lettres), 1992.

<sup>52</sup> La frase «*imago consuetudinis atque vitae*» ocurre tan solo en esta ocasión en el total de las Vidas nepotianas conservadas. Por ello es complicado ofrecer una interpretación segura de la misma como prueba el que los editores y traductores de Nepote discrepen en su traducción. No-

a la vez los que conforman la vida del protagonista: «*exprimere imaginem consuetudinis atque vitae*» *Epaminondae*.

En cuanto al contenido o material biográfico de que se va a valer, y el orden o método con que lo tratará, Nepote dice que se referirá, al «*genus*», al origen del protagonista, a su educación, (*quibus disciplinis et a quibus sit eruditus*), a sus cualidades naturales y carácter (*de moribus ingeniique facultatibus*) y a las «*res gestae*». El autor posiblemente está aquí trasladando de un modo u otro a esta biografía el esquema del encomio<sup>53</sup>. Razones para ello vemos en los siguientes hechos: no consta un esquema retórico anterior específico para la biografía; el esquema que aquí apunta Nepote es similar al predominante para el encomio; y la pasajera referencia a la discusión del orden de alguno de los elementos nos recuerdan las variantes que a este respecto se daban en la Retórica del encomio. Ello no quiere decir, sin embargo, en modo alguno que Nepote confunda los dos géneros pues, como la práctica de sus vidas demuestra, ni todas las vidas, al revés que en el encomio, ofrecen una imagen sólo positiva del héroe<sup>54</sup>, ni el resto de sus Vidas sigue

otros creemos que de los usos y valores de los términos *imago*, *consuetudo* y *vita* que vemos en Nepote, el término «*consuetudo*» (*imago consuetudinis*) pudiera equivaler al «tenor de vida», a la «manera habitual de vivir», a «las costumbres de una persona»; por su parte aquí «*imago vitae*» se referiría, en contraste con «*imago consuetudinis*», a la vida pública, a los actos importantes de la vida, a las «*res gestae*», gestas o hazañas.

<sup>53</sup> La idea fue expuesta ya por F. Leo, *Griechische-römische Biographie nach ihrer litterarischen Form*, Leipzig, 1901, p. 207. El estudio del esquema del encomio, puede verse en L. Pernot, *La Rhétorique de l'éloge dans le monde greco-romain*, París, 1993, especialmente t. I, pp. 134 y ss. y 251 y ss.; H. Lausberg, *Manual de Retórica Literaria. Fundamentos de una ciencia de la literatura*, trad. esp., Madrid, 1975, t. I, pp. 217-220, o Th.C. Burgess, *Epideictic Literature* (reprint in *Studies in classical Philology*, vol. III), Chicago, 1902, especialmente pp. 114-129.

<sup>54</sup> En el conjunto del *De Ducibus Exterarum Gentium*, Nepote nos ofrece vidas laudatorias, ciertamente las más, pero también vidas dibujadas de forma negativa, como las de Lisandro o la de Pausanias o vidas simplemente neutrales, que atienden tanto a los rasgos positivos como a los negativos del personaje, como las de Dión, Foción, Pelópidas, Trasíbulo y, en menor medida, la de Alcibiades. Sobre este punto no nos parece correcta, por exagerada y poco matizada, la opinión de D. Lippelt, el cual piensa que «*omnes enim quorum vitae narratur aut boni aut mali depinguntur*»; y, más adelante: «*Nepos autem id fere fecisse putandus est quod Suetonius (De Rhet., 1) discipulos in scholis discere tradit interdum Graecorum scripta convertere ac viros illustres laudare vel vituperare*». Cfr. E. Lippelt, *Quaestiones biographicae*, Bonnae, 1898, pp. 38 y 42. E igualmente me parece poco matizada la opinión de McCarty al hacer sobre la obra de Nepote juicios como éstos: «To him (Nepos) a subject is either good or bad, rarely both...; It has been noted that it is not Nepo's method to combine praise and blame...; he portrays subjects as only good or only bad». Cfr., Th.G. McCarty, «The content of Cornelius Nepos "De viris illustribus"», *C.W.*, 67, 1973-74, pp. 383-391; artículo, sin embargo, interesante en su conjunto. Y ese modo de obrar no se puede deber a un servil y ciego seguimiento de las fuentes pues encontramos que en varias de sus vidas Nepote logra hacer del protagonista una representación de marcada impronta personal; así creemos que sucede en los casos de Alcibiades, Dión y Eumenes. Ello nos lleva a discrepar de afirmaciones como la que hace R. Bradley (*The sources of Cornelius Nepos. Selected lives*, Diss., Harvard, 1967, resumen de la tesis en Harvard Studies

ese esquema<sup>55</sup>, incluso ésta de Epaminondas lo sigue tan solo de forma parcial<sup>56</sup>. Pero además Nepote insiste, dentro de la brevedad, en dos aspectos importantes: primero, en su afán de totalidad en todo lo que entienda pertinente para cumplir el objetivo concreto que se ha propuesto, el dar cuenta de la vida de Epaminondas: «*nihil videmur praetermittere quod pertineat ad eam declarandam*»; y después añade: «*tum de moribus ingeniique facultatibus et si quae alia memoria digna erunt*». Es decir, como la historia, también la biografía tiene afán de totalidad, pero en hechos situados en un plano diferente al del historiador: lo que Nepote entiende que no debe preterir no es cualquier cosa sino solo lo que valga «*ad eam... (imaginem... Epaminondae) declarandam*». Cosa que, además, parece adquirir mayor relieve en los hechos relativos a sus costumbres y a sus cualidades naturales (carácter?) pues es en ese apartado en el que Nepote repite aquél afán de totalidad: «*de moribus ingeniique facultatibus et si qua alia memoria digna erunt*».

El otro aspecto en que el biógrafo latino parece tener especial interés en dejar claro es el orden en que ese material biográfico ha de ser expuesto. En efecto, de un lado, no se limita a dar la secuencia de los apartados sino que recalca, mediante los oportunos adverbios temporales (*primum, tum, deinde, postremo*) que éste es el orden, al menos, su orden en esta vida. Y, de otro lado, se muestra muy consciente, y se hace eco de ello, de que algún punto de ese orden es discutido: «*postremo de rebus gestis, quae a plurimis animi anteponuntur virtutibus*».

in Classical Philology, 73, 1969, p. 309): «Also praise or blame accorded individuals or their actions while a predilection of the latin author consistently reflects the judgement and rhetorical manner of the source that has been excerpted». O lo que acerca de la Vita Hannibalis señala M. Ruch: «On remarquera l'attitude très favorable de Nepos á l'égard de celui qui fut un de plus grands ennemis de Rome: c'est que cette biographie remonte vraisemblablement à une source carthaginoise: Sosilos ou Silenos». Y eso es todo cuanto aduce M. Ruch como explicación a la actitud favorable de Nepote para con la figura de Anibal. Cfr. M. Ruch, *Cornelius Nepos. Vies d'Hannibal, de Caton et d'Atticus*, Vendôme, 1968, p. 39, n. 1.

<sup>55</sup> Nepote procede con indudable libertad y en general no sigue un esquema fijo por lo que hace a la estructura de sus Vidas, es decir, a la organización y secuenciación del material. Y no es ajeno al cambio de esquema la extensión de cada Vida: por ejemplo, en las breves la atención a las πράξεις es mínima o se liga la vida a unos pocos hechos más sobresalientes. Se podría decir igualmente que en bastantes de sus Vidas predomina el orden cronológico combinado con una consciente reiteración, que se sitúa de modo estratégico, de la idea global y simbólica que de su protagonista el autor quiere dejar impresa en la mente del lector. Representativa de este modo puede ser la Vita Hannibalis, para cuyo estudio bajo esta perspectiva puede verse V. Valcárcel, «La Vita Hannibalis de C. Nepote», *Veleia*, 12, 1995, pp. 267-286. Pero en otras ocasiones, así en la Vida de Ifícrates, su modo de proceder preanuncia o evoca el modo que después seguirá Suetonio en sus Vitae Duodecim Caesarum.

<sup>56</sup> Nepote en esta Vida de Epaminondas sigue el esquema anunciado en cuanto a los apartados del «genus», la educación (y ésta de forma amplia: «*quibus disciplinis et a quibus sit eruditus*») y el carácter (*tum de moribus ingeniique facultatibus*); pero, contra lo anunciado, no hace una narración de las «*res gestae*» sino que éstas han ido siendo aludidas como ejemplos probatorios a medida que el autor ha ido ilustrando las virtudes de Epaminondas.

Ahora bien, si solo contáramos con esta declaración programática de Nepote parecería que en él, y por extensión, en su tiempo, no había duda de la entidad propia, de la independencia absoluta de la biografía, también respecto a la historia, pues tanto el objetivo como el contenido y el método de que parte es claro y para nada se puede confundir con la historia, la cual, por supuesto, aquí no es mencionada, pero sin duda sí sobreentendida.

Pero ocurre que Nepote nos ofrece el otro prologuillo ya mencionado, el de la Vida de Pelópidas, en el cual las cosas son diferentes. En él dice Nepote: «*Pelopidas Thebanus, magis historicis quam vulgo notus. Cuius de virtutibus dubito quem ad modum exponam, quod vereor, si res explicare incipiam, ne non vitam eius enarrare, sed historiam videar scribere; si tantummodo summas attigero, ne rudibus Graecarum litterarum minus dilucide appareat quantus fuerit ille vir. Itaque utrique rei occurram, quantum potuero, et medebor cum satietati tum ignorantiae lectorum*»<sup>57</sup>.

De este texto cabe inferir, en primer lugar, que el autor latino siente la necesidad de explicar al lector romano la naturaleza de su obra para aclarar que ésta es biografía y no historia. Ello es en sí mismo sintomático porque hace suponer en el lector una falta de familiaridad con aquel género<sup>58</sup>. En segundo lugar, es claro que Nepote tiene dudas de cómo abordar y concretar la escritura de la Vida de Pelópidas: «*Cuius de virtutibus dubito quem ad modum exponam*». Pero además Nepote nos concreta la causa de su duda: «*quod vereor, si res explicare incipiam, ne non vitam eius enarrare, sed historiam videar scribere*». Y al concretar así su duda Nepote nos define la biografía indirectamente, por comparación y contraste con otro género, el de la historia, cuya naturaleza da por sabida. Pues bien, ¿en qué diferencia una de otra? En este texto la diferencia se cifra en un hecho que podríamos llamar cuantitativo o de proporción: «*si res*»<sup>59</sup> *explicare in-*

<sup>57</sup> Cfr. C. Nepote, *op. cit.*, Pelópidas, 1.

<sup>58</sup> Somos conscientes del (ya largo) debate sobre si la primera biografía política, merecedora de tal nombre, en la Antigüedad fue la de Nepote o si, por el contrario, tal clase de biografía tenía ya antecedentes griegos. Sobre tal cuestión hay ya abundante bibliografía. Para empezar puede verse: F. Leo, *Die Griechisch-römische Biographie nach ihrer literarischen Form*, Leipzig, 1901. D.R. Stuart, *Epochs of Greek and Roman Biography*, reed., N. York, 1967; A. Momigliano, *op. cit.*; J. Geiger, *Cornelius Nepos and Ancient political Biography*, Stuttgart, 1985, pp. 38 y ss.; V. Ramón Palerm, *Plutarco y Nepote. Fuentes e interpretación del modelo biográfico plutarqueo*, Zaragoza, 1992. En ellas puede verse ampliada la noticia bibliográfica sobre esta cuestión. Cfr., también V. Valcárcel, «Ramón Palerm, Plutarco y Nepote. Fuentes e interpretación del modelo biográfico», *Faventia*, XVIII/1, pp. 130-135.

<sup>59</sup> A pesar del valor tan genérico de este término, aquí «*res*» equivale a «*res gestae*», hazañas, hechos importantes. Ello se deduce del contexto pues serían las «*res*» que, si se relataran, darían origen a una obra histórica. Además, no falta alguna que otra ocasión en que Nepote utiliza el término «*res*», sin adjetivo o determinante, con el valor de «*res gestae*», por ej., en la *Vida de Timoteo*, 4,6.

*cipiam (vereor) ne non vitam enarrare sed historiam scribere*. Por tanto la biografía (en este caso de Pelópidas) y la historia (en este caso de Tebas y de Grecia), en un sentido, coinciden pues ambas se ocupan de las «*res gestae*» de Pelópidas, y, en otro sentido, se diferencian: la historia contaría in extenso (*explicare*) esas «*res gestae*» o gestas de Pelópidas; la biografía, en cambio, las selecciona y resume (*si tantummodo summas attigero*). Consecuentemente esa coincidencia y esa diferencia hace que la relación entre ellas sea confusa y ambigua, constituyendo un elemento discriminador importante la cantidad de «*res gestae*», es decir, de hechos importantes, que conviene a uno u otro género. Pues bien, ¿cuál de las dos declaraciones (la de la Vida de Epaminondas y la de la Vida de Pelópidas) se ajusta más al verdadero pensamiento de Nepote y a la situación de la biografía en su tiempo? Pensamos que ciertamente esta segunda. Y a tal opinión nos lleva el comportamiento y la práctica de Nepote en sus Vidas de los Generales Extranjeros, las cuales revelan, de un lado, que Nepote no se atuvo de ordinario al método declarado en la vida de Epaminondas y, de otro, que la proporción de «*res gestae*» varía según los casos<sup>60</sup>, siendo diferente el grado de acercamiento o lejanía de cada vida a la historia general en que ella estaba inmersa. Al final, la «*brevitas*»<sup>61</sup> que su voluminoso proyecto le impone, el carácter de hombres ilustres en el campo político-militar que tienen sus protagonistas y la ignorancia que sobre los mismos (extranjeros) presupone en sus lectores le obliga a un compromiso continuo entre la historia y la biografía que caracteriza plenamente sus vidas y que supone, en el resultado final, una concreción clara de la ambigua relación entre ambos géneros.

Casi un siglo y medio después Plutarco compone sus Vidas Paralelas y en el prólogo a varias de ellas (el prólogo general a las mismas tristemente no nos ha llegado<sup>62</sup>) nos habla, de manera mucho más abundante y detallada que Nepote, de su concepto de biografía y de la relación de ésta con la historia. Si se contempla lo que el autor griego nos dice en el conjunto de los pasajes en

<sup>60</sup> En realidad en la mayor parte de las Vidas de Nepote predomina su preocupación por las «*res gestae*» y el significado histórico del personaje más que la preocupación por su vida privada y su personalidad. Cfr. J.R. Bradley, *op. cit.*, p. 33.

<sup>61</sup> Algún estudioso (Cfr. P. Desideri, «Non scriviamo storie, ma vite (Plut., Alex, 1,2): la fórmula biográfica de Plutarco», en *Testis temporum. Aspetti e problema della storiografia antica* (Incontri del Dipartimento de Scienze dell'Antichità dell'Università di Pavia, 8), Como, 1995, pp. 15-25 (*Arachnion*, n.º 3, p. 2) ha querido ver en esta declaración de Nepote que éste fija como un criterio de diferenciación entre la historia y la biografía la distinta extensión general (no el mayor o menor detenimiento específicamente en las «*res gestae*») que suponen las obras de un género y otro. A nosotros no nos parece que esto sea del todo así pues la razón de la brevedad de las vidas de Nepote se explica por la necesidad que le impone su elección de escribir vidas en serie y cuyo resultado sería la composición de una obra muy voluminosa.

<sup>62</sup> Probablemente antecedía al par Epaminondas-Escipión el Africano. Cfr. E. Valgiglio, «ἹΣΤΟΡΙΑ e ΒΙΟΣ in Plutarco», *Orpheus*, n.s., 8, 1987, p. 50.

cuestión<sup>63</sup> y no sólo, como suele hacerse, en el prólogo a su Vida de Alejandro Magno<sup>64</sup>, podemos extraer algunas conclusiones con una cierta base. De un lado, la biografía cifra su objetivo en la revelación del «*ethos*» y «*tropos*», del carácter de un individuo, del protagonista, especialmente en su relación con las virtudes y los vicios, y buscando una finalidad moral<sup>65</sup>. En su pensamiento la historia general se ocupa, por el contrario, de comunidades políticas, de pueblos, de ciudades, no de individuos; tiene también finalidad moral<sup>66</sup>, pero no en un grado tan marcado como la biografía. Plutarco piensa que también los hechos importantes, históricos, del protagonista pueden revelar su carácter<sup>67</sup>; por ello tales hechos tienen asimismo cabida en sus biografías<sup>68</sup>, pero, eso sí, de

<sup>63</sup> Véase, desde luego, la Vida de Alejandro, 1, pero también las ya citadas de Nicias, 1,5; Paulo Emilio, prólogo 1, 1-6 (prólogo que antecede en la mayoría de ediciones a la Vida de Timoleón); Pompeyo, 8,4; Pericles, 1-2; Galba, 2,5 (ésta de las *Vitae Caesarum*).

<sup>64</sup> Plutarco, Vida de Alejandro Magno, 1: «Al escribir en este libro la vida del rey Alejandro y la de César, por quien fue derrotado Pompeyo, a causa de la abundancia de las acciones que forman parte del tema, no haremos ningún otro prólogo más que pedir disculpas a los lectores para que no se nos querellen si en vez de relatar exhaustivamente todas y cada una de sus célebres hazañas, resumimos la mayoría. 2. La causa de ello es que no escribimos historias, sino biografías, y que la manifestación de la virtud o la maldad no siempre se encuentra en las obras más preclaras; por el contrario, con frecuencia una acción insignificante, una palabra o una broma dan mejor prueba del carácter que batallas en la que se producen millares de muertos, los más enormes despliegues de tropas y asedios de ciudades. 3. Pues igual que los pintores tratan de obtener las semejanzas a partir del rostro y la expresión de los ojos, que son los que revelan el carácter, y se desprecupan por completo de las restantes partes del cuerpo, del mismo modo se nos debe conceder que penetremos con preferencia en los signos que muestran el alma y que mediante ellos presentemos la vida de cada uno, dejando para otros los sucesos grandiosos y las batallas.» (Traducción de E. Crespo en su obra *Plutarco, Vidas Paralelas, Alejandro-César, Pericles-Fabio Máximo, Alcibíades-Coriolano*, Barcelona, 1983).

<sup>65</sup> Cfr., por ej., Paulo Emilio, 1, 1. La inmensa mayoría de sus protagonistas, aún con la señalización de algunos de sus defectos, dan una imagen global de virtud; pero incluso los abiertamente negativos, como Antonio o Demetrio, pueden contribuir al fin moral que las Vidas pretenden al ejemplificar ante el lector lo que éste por vía intuitiva rechazará.

<sup>66</sup> Sobre la finalidad moral de la historia en Plutarco puede verse Wardman, A.E., «Plutarch's methods in the Lives», *Clas. Q.*, 21, 1971, especialmente pp. 256-257.

<sup>67</sup> Cfr. Vida de Nicias, 1, 5: «Por tanto, los hechos de Nicias, referidos por Tucídides y Filisto, ya que no es posible pasarlos del todo en silencio, especialmente los que dan a conocer la conducta y disposición de este hombre ilustre, escondidas entre sus muchas y grandes adversidades, los tocaré ligeramente y en solo lo preciso; pero los que, por lo común, no son conocidos, a causa de haber sido separadamente notados, o bien por haberse de tomar de presentallas y decretos antiguos, éstos los recogeré con esmero, no para tejer una historia inútil, sino tal que presente bien la índole y las costumbres» (Traducción de A. Sanz Romanillos en *Plutarco, Vidas Paralelas*, dentro de la obra *Biógrafos Griegos* por A. Sanz Romanillos *et al.*, Madrid (Aguilar), 1964, p. 560).

<sup>68</sup> No se olvide que hablamos de biografía política, por tanto de héroes o personajes que tuvieron relevancia histórica y marcaron, de un modo u otro, el devenir de la comunidad política a la que pertenecían. A primera vista, Plutarco se contradice aquí con lo que afirma en el pasaje antes visto de la Vida de Alejandro, 1; pero, bien mirado, esa aparente contradicción se diluye

manera sucinta y reducida respecto a la historia<sup>69</sup>. Y es que en su pensamiento los hechos menores, los propios de la historia personal del protagonista, hechos a veces muy menudos, como «una acción insignificante, una palabra, una broma» (Vida de Alejandro, 1), con frecuencia revelan mejor el carácter del protagonista; por ello deben tener una presencia importante en el relato de su vida convirtiéndose en el material más específico del biógrafo: ellos son para el biógrafo como el rostro y los ojos de la persona para el pintor (Vida de Alejandro, 1)<sup>70</sup>. La historia, en cambio que, como decimos, se ocupa de hechos de porte histórico, de hechos mayores, que afectan a una comunidad político-social, puede también dar cabida a hechos personales y menores de los protagonistas, pero siempre en grado reducido. De este modo tenemos que para Plutarco la biografía encierra historia (hechos importantes, aunque en cantidad reducida) y la historia encierra biografía pues también se ocupa, aunque en grado menor que la biografía, de hechos menores, propios de la vida del protagonista, cuya personalidad importa a la historia general. Biografía e historia son, pues para Plutarco, por sus objetivos, contenidos y punto de vista, dos cosas en parte diferentes, con autonomía propia y, a la vez, dos cosas parcialmente coincidentes y solapables. Al final, tanto en las reflexiones teóricas que desgrana en sus prólogos como en la elaboración de sus vidas, Plutarco mantendrá una diferenciación más clara que Nepote entre la biografía y la historia. Y, aunque en sus Vidas da también cabida importante a los hechos históricos, presta una atención mucho mayor que el latino a los hechos menores en aras a dibujar mejor el carácter de su protagonista. Esto, y su mayor talento literario, proporcionarán un aura de modernidad a sus Vidas Paralelas<sup>71</sup>.

por las matizaciones que hace el propio Plutarco pues éste no dice en ella que excluya «*per se*» las célebres hazañas de Alejandro sino que se disculpa de no darlas *exhaustivamente* (μη πάντα μηδὲ καθ' ἕκαστον ἐξειργασμένως). Además no se refiere a *todas* las acciones que interesan a la historia (πράξεις) sino solamente a las más célebres (πῶν περιβοήτων...; ταῖς ἐπιφανεστάταις, ταῖς πράξεσι): «no se nos querellen si en vez de relatar *exhaustivamente todas y cada una de sus célebres hazañas resumimos la mayoría*». Ni tampoco excluye Plutarco que esas grandes hazañas ayuden a revelar el carácter («la manifestación de la virtud o la maldad *no siempre* se encuentra en las obras más preclaras») sino que éste se revela no solo en ellas sino que con frecuencia se ve mejor en hechos menores. Y, de otro lado, en su prólogo a Nicias tenemos la matización de que no es que él, Plutarco, se vaya a ocupar de las πράξεις de Nicias por principio sino que es preciso referirse a algunas, en concreto, a las que ayudan a conocer el carácter del protagonista.

<sup>69</sup> No se podría negar con seguridad que Plutarco pudo estar influido, también en este punto, por C. Nepote. Cfr. G. Brugnoli, «nascita e sviluppo della biografia romana: aspetti e problemi», en I. Gallo y L. Nicastrì (eds.), *Biografia e autobiografia degli antichi e dei moderni*, Roma, 1995, p. 98.

<sup>70</sup> Para una hipótesis de por qué Plutarco hace esta justificación teórica de la diferencia entre la historia y la biografía, justo en la Vida de Alejandro, que no fue, ni mucho menos, la primera que compuso, cfr. A.E. Wardman, *art. cit.*, pp. 254-261, y, más en concreto, pp. 257-258.

<sup>71</sup> La bibliografía sobre Plutarco, Sus Vidas Paralelas, su modo de concebir y realizar la biografía, sus métodos, es, como puede suponerse, muy extensa. De ella solo queremos recordar

De otro lado, es una pena que el azar de la tradición del texto haya causado asimismo la pérdida del comienzo de la primera de las «Vidas de los Doce Césares» de Suetonio, la Vida de Julio César, y con aquél posiblemente también del prólogo general al conjunto biográfico más importante de la literatura latina. Ello nos impide saber, entre otras cosas, si el gran biógrafo latino sentía también, y todavía, o no, la necesidad de diferenciar sus biografías de la historia general. Pero del hecho de no insistir en otras ocasiones en esa diferenciación quizá pueda deducirse que para él no era acuciante esa necesidad. Lo que, en cambio, sí encontramos en el c. 9 de la Vita Augusti es un rápido enunciado del método (el de «*per species*», es decir, por rúbricas o categorías y no el puramente cronológico) que va a seguir en la narración de los hechos de esta Vita<sup>72</sup>; orden que, por lo demás, ya había tenido uso en los encomios. Y al hacernos tal aviso puede que Suetonio nos esté indicando no sólo que se separa de la historia sino también del modo anterior y del habitual en su tiempo de hacer biografía política, es decir, del usado por Nepote y por Plutarco<sup>73</sup>, modo el de éstos que tal vez él veía todavía demasiado cercano a la historia<sup>74</sup>.

ahora N.I. Barbu, *Les procédés de la peinture des caracteres et de la verité historique dans les Biographies de Plutarque*, París, 1934, especialmente c. II; A. Pérez Jiménez, *Plutarco, Vidas Paralelas*, I: Teseo-Rómulo, Licurgo-Numa; Madrid, 1985, con amplio estudio introductorio y abundante bibliografía, y, por lo directo que va a las cuestiones aquí planteadas, el ya citado artículo de E. Valgiglio. Véase, igualmente, V. Ramón Palerm, *Plutarco y Nepote, op. cit.*, autor que defiende y, en nuestra opinión demuestra, que Plutarco tuvo a C. Nepote como modelo biográfico a la hora de componer sus Vidas Paralelas.

<sup>72</sup> Suetonio, Vita Augusti, c.9, 1: «*Proposita vitae eius velut summa, partes singillatim neque per tempora sed per species exsequar, quo distinctius demonstrari cognoscique possint*».

<sup>73</sup> La cronología exacta de las *Vitae Caesarum*, de Suetonio, y de las *Vidas Paralelas*, de Plutarco (y también de las *Vidas de los Césares* de éste último) ha sido muy discutida, eso sí, dentro de marcos cronológicos ciertamente estrechos: entre ca. 96-ca. 120 para las *Vidas Paralelas* (y entre 79-93 para las *Vidas de los Césares*) de Plutarco, y entre 117-127 d.C. para las *Vidas*, de Suetonio. Pero también hay que tener en cuenta que la elaboración de las citadas *Vidas* sería larga y progresiva y que su «publicación oral» pudo ir teniendo lugar en las «recitaciones» públicas. Sobre este punto puede verse, para Plutarco, C.P. Jones, *Plutarch and Rome*, Oxford, 1971, pp. 135-137, y para Suetonio, A. Macé, *Essai sur Suetone*, París, 1900, pp. 182-184, y A. Wallace-Hadrill, *Suetonius. The scholar and his Caesars*, Londres, 1983, p. 1. Pero, a pesar de que la producción biográfica de Plutarco y de Suetonio son, como se ve, o muy cercanas o parcialmente paralelas en el tiempo, no parece que haya habido influencias mutuas entre las obras biográficas de ambos, ni siquiera entre las «Vidas de los Césares» de Plutarco, y las «*Vitae Caesarum*» de Suetonio (cfr. G.W. Bowersock, «Vita Caesarum. Remembering and forgetting the past», en *La Biographie antique* (Entretiens sur l'Antiquité Classique, t. XLIV), Gênes, 1997, pp. 193-215, en especial pp. 195-205.

<sup>74</sup> Cfr. L. Picirilli, «I testi biografici come testimonianza della storia della mentalità», en *La Biographie antique* (Entretiens, cit.), p. 184. Según este autor la causa de que Suetonio no se ocupe de discutir la diferencia entre historia y biografía vendría de la forma que eligió para la segunda, forma imposible de confundir con la historia, por lo muy alejada que estaba de ésta.

Del conjunto de los testimonios nos parece que es más que discutible la apreciación del, por lo demás, grandísimo historiador, Momigliano<sup>75</sup>, aquella de que los griegos distinguieron con claridad, ya desde el s. v a.C., la biografía de la historia. De hecho ya en la Grecia clásica y, sobre todo, en la primera época helenística hubo muchas obras con mezcla de historia general y biografía<sup>76</sup> o, al menos, una historia más o menos abundante en dato y en retratos biográficos, a veces de indudable entidad; dicho de otro modo, historia impregnada de biografismo. Y, por el contrario, biografía muy próxima a la historia como en muchos casos es, por ejemplo, la de Nepote. Nosotros somos de la opinión de que sólo en una etapa más tardía, en plena época helenística romana (época de Nepote-Suetonio-Plutarco) se vio, pues, con algo más de claridad la distinta naturaleza y esencia de estos dos géneros, el de la biografía, incluso el de la biografía política, y el de la historiografía; géneros que, sin embargo, seguirán todavía durante mucho tiempo muy imbricados en muchos aspectos<sup>77</sup>.

<sup>75</sup> Cfr. A. Momigliano, *op. cit.*, págs. citadas en n. 39.

<sup>76</sup> Y no es fácil que fuera de otro modo pues es algo hasta cierto punto connatural a aquella historia narrativa, la cual, como hemos visto, tenía en los protagonistas de los hechos uno de sus pilares fundamentales. Atención ésta a los protagonistas que no hizo sino crecer en el transcurso del tiempo pues si Tucídides fue muy parco en este punto, en cambio ya Jenofonte, y Polibio, y, más aún, Teopompo (cfr. Dionisio de Halicarnaso, *Epist. ad Pomp.*, 6,2) le concedieron una importancia mucho mayor. Lo cual se explica también por la mayor importancia que en los reinos helenísticos adquirieron las individualidades concretas como es evidente para el caso de los reyes.

<sup>77</sup> Recuérdese, por ej., dentro de la historia romana, el caso de Tácito en cuyos Anales se entrelazan constantemente los hechos sociales, políticos y militares de Roma con los datos biográficos del emperador y de otros personajes importantes, a veces en forma de retratos y de obituarios. Y el propio autor (*An. XVI,16*) hace declaraciones justificativas de la especial atención que la historia debe prestar a la vida de tales personajes: «Concédase a la posteridad de los hombres ilustres el que, al igual que en sus exequias quedan al margen de la sepultura común, así en la narración de sus momentos supremos, reciban y tengan un recuerdo individual». Y es que Tácito era muy consciente de lo que siempre ha importado para explicar los hechos históricos conocer el carácter de los próceres como declara en *An. IV, 33*: «*igitur ut olim plebe valida, vel cum patres pollerent, noscenda vulgi natura et quibus modis temperanter haberetur, senatusque et optimatum ingenia qui maxime perdidicerant, callidi temporum et sapientes credebantur...*» Caso extremo en esa línea representa, como es sabido, Veleyo Patérculo, de cuya «Historia» dice M. Rambaud («*Recherches sur le portrait dans l'historiographie romaine*», *L.E.C.*, 38, 1970, 417-447, en concreto en p. 437): «l'histoire consiste à passer d'un personnage au suivant, l'agregé historique procède par portraits, chacun expliquant un tranche du récit... et le livre devienne un catalogue d'hommes connus». Importa en este punto el excelente estudio literario de la obra de Veleyo Patérculo de A. J. Woodman, *Veleyus Patercululus. The tiberian Narrative (2. 94-131)*, Cambridge, 1977, especialmente su cap. 2 («History, biography or panegiric»). Y la Historia Romana de Dión Casio se caracteriza por su gran biografismo a partir del libro LIII. Cfr. C. Questa, «Tecnica biografica e tecnica annalistica nei libri LIII-LXIII di Cassio Dione», *Stud. Urbin. Si Storia*, 31,1957, p. 37-55.

## APÉNDICE

CICERÓN, *DE ORATORE*, II, 15, 62-64

(TEXTO SEGÚN LA EDICIÓN DE A. S. WILKINS, OXONII [OXFORD], REED. 1982)

15,62. Sed illuc redeo: videtisne, quantum munus sit oratoris historia? Haud scio an flumine orationis et varietate maximum; neque eam reperio usquam separatim instructam rhetorum praeceptis; sita sunt enim ante oculos. Nam quis nescit primam esse historiae legem, ne quid falsi dicere audeat? Deinde ne quid veri non audeat? Ne quae suspicio gratiae sit in scribendo? Ne quae simultatis? 63. Haec scilicet fundamenta nota sunt omnibus, ipsa autem exaedificatio posita est in rebus et verbis: rerum ratio ordinem temporum desiderat, regionum descriptionem; vult etiam, quoniam in rebus magnis memoriae dignis consilia primum, deinde acta, postea eventus exspectentur, et de consiliis significari quid scriptor probet et in rebus gestis declarari non solum quid actum aut dictum sit, sed etiam quo modo? et cum de eventu dicatur, ut causae explicentur omnes vel casus vel sapientiae vel temeritatis hominumque ipsorum non solum res gestae, sed etiam, qui fama ac nomine excellant, de cuiusque vita atque natura; 64. verborum autem ratio et genus orationis fusum atque tractum et cum lenitate quadam aequabiliter profluens sine hac iudiciali asperitate et sine sententiarum forensibus aculeis persequendum est.

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	9
I. La biografía política .....	17
1. <i>Vitalino Valcárcel Martínez</i> La ambigua relación entre la biografía y la historia .....	19
2. <i>Vicente M. Ramón Palerm</i> Plutarco y la biografía política en Grecia: aspectos de innovación en el género .....	41
3. <i>Vicente Picón García</i> La biografía en Suetonio y la escritura biográfica: análisis literario de la <i>Vita divi Augusti</i> y la <i>Vita divi Iulii</i> .....	69
4. <i>Carlos Pérez González</i> La pervivencia de la biografía carolingia en el Renacimiento italiano: el caso de Eginardo y Donato Acciaiuoli .....	109
5. <i>Íñigo Ruiz Arzálluz</i> Petrarca y los <i>De Viris Illustribus</i> .....	151
6. <i>Juan Signes</i> Retórica, biografía y autobiografía en la Historia: algunas consideraciones sobre géneros literarios en la <i>Cronografía</i> de Miguel Pselo .....	175
II. La biografía de intelectuales (literatos) .....	207
1. <i>José Antonio Sánchez Marín</i> La biografía de literatos en Roma .....	209
2. <i>Carmen Codoñer</i> Los <i>De Viris Illustribus</i> de la Hispania visigótica. Entre la biografía y la hagiografía .....	239
III. La biografía-hagiografía cristiana griega y latina .....	257
1. <i>Patricia Varona Codeso</i> La hagiografía bizantina de los siglos IX-X y el problema de la biografía secular .....	259
2. <i>Walter Berschin</i> La Vida de San Ulrico de Augsburgo: biografía de un obispo de la época ottoniana .....	279
3. <i>Pedro Bádenas de la Peña</i> La <i>Vida Edificante de Barlaam y Josafat</i> . Modelo de la <i>vita</i> de larga duración. Consideraciones sobre su estructura literaria .....	289
4. <i>Edoardo d'Angelo</i> La <i>Passio Raginaldi Principis</i> de Pedro de Blois (siglo XII) .....	307
5. <i>José Carlos Martín</i> La biografía dentro de la autobiografía: el caso de Valerio del Bierzo (s. VII) ..	319